

MIRA A ESA CHICA



colección andanzas

CRISTINA ARAÚJO GÁMIR MIRA A ESA CHICA

El pasado septiembre de 2022, un jurado integrado por Antonio Orejudo, en calidad de presidente, Sara Mesa, Eva Coscu-lluela, Marta Barrio, ganadora de la anterior convocatoria, y Juan Cerezo, en representación de la editorial, otorgó por unanimidad a esta obra de Cristina Araújo Gámir el XVIII Premio Tusquets Editores de Novela.

1.^a edición: octubre de 2022

© Cristina Araújo Gámir, 2022

El Premio Tusquets Editores de Novela ha sido patrocinado por el Fondo Antonio López Lamadrid constituido en la Fundación José Manuel Lara

Diseño de la colección: Guillemot-Navares
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. – Avda. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-1107-174-1
Depósito legal: B. 13.526-2022
Fotocomposición: Realización Tusquets Editores
Impresión y encuadernación: Black Print CPI
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Agosto de 2016

Estás sentada en el banco, el bolso apretado contra las costillas con las dos manos, las pupilas desenfocadas, como si te hubiesen intentado robar. Pero no te han robado. Hace frío, lo notas sobre todo en los pies, y si estuvieras en condiciones de pensar, pensarías, por ejemplo, que cuántas horas quedan para el amanecer. Pero no piensas, y lo único que sientes es. Nada. Que te escuece el raspón en la parte blanda de la rodilla. Ha tomado un color rosa húmedo, y duele horrores cada vez que el pellejo pivota y pela un poco más de carne. No tenías ninguna herida cuando has salido de casa. Seguramente te has arañado con esa mezcla de arenilla y porquería que había en el suelo.

Al final de la calle, una farola emite un zumbido discreto de electrodoméstico. Te sorbes los mocos. Llevas como veinte minutos con la mirada perdida en una mancha de la sandalia. A ratos cambia de forma, le crecen lóbulos, o se agranda. Pero no, en realidad no se mueve, es solo una ilusión óptica, y en cuanto pestañeas reajusta de nuevo sus dimensiones originales. Esa mancha, no la recuerdas tampoco. Una salpicadura de barro, o de cubata, o quizá es

que has pisado el charco de una meada de camino al portal. O la vomitona de alguien. O puede que sea, tal vez. Semen.

Deberías levantarte y echar a andar. Deberías. Pero es que no sabes si. Y además. Adónde. El raspón de la rodilla palpita en aguijonazos. Por un momento piensas en escupirte en los dedos y lavártelo con saliva, pero no puedes, no quieres, no tienes saliva. Ni ganas. No logras moverte. Estás llorando, estás cagada de miedo. Y menuda pinta tienes, con la coleta deshecha, con los leggings llenos de polvo. Al frotarte los ojos has dejado un derrape de rímel en la sudadera, y ahora te escuecen incluso las lágrimas. Si al menos no te hubieran destrozado el móvil llamarías a Vix.

El trozo de cielo detrás de la plaza clarea hacia un malva indeciso. No hay casi nadie en la calle, y los que pasan ni siquiera te miran. Algunos siguen de fiesta. Sueltan risitas y tropiezan unos con otros mientras se abrazan y berrean canciones. Los sin techo son más sigilosos, mueven su borrachera de sitio arrastrando los pies. Al fondo, entre los fragmentos de sombra, un hombre dobla la esquina. Camina a lo largo de la hilera de árboles con las funciones motrices inalteradas. La espalda envarada, aseado, discreto, igual que un alfil. Lleva el periódico enrollado debajo del brazo, las manos enterradas en los bolsillos. Se les reconoce enseguida, a los que ya se aventuran por los renglones del hoy, mientras tú boqueas en la penumbra, ulcerada en los bordes difusos de la noche de ayer. Varios metros por detrás le sigue un perro de lanas. Se ha detenido a mear en una pata del banco, y luego viene hacia ti. Las uñas repicando en los adoquines. Crees que puedes estirar el brazo y acariciarle, pero no, tampoco puedes, así que más lágrimas, un sollozo o una especie de hipido, solo quieres que el perro se quede. Y entonces: chsss, ven aquí. El hombre

alfil. Seguro que piensa que estás de resaca, o puesta de drogas. Quizá apestas a sexo. Seguro que sí. Notas las bragas mojadas.

Ese detalle lo usaron después.

Tres meses antes

Desde pequeña ha sido siempre lo mismo. Cuando una de las chicas de tu colegio quería fastidiar a otra o incordiarla en un clima de complicidad, se plantaba en mitad del patio y gritaba: eres más pringada que Miriam Dougan. También se divertían picándose unas a otras durante las clases: estás sentada al lado de Miriam, tienes la peste. Luego los comentarios se fueron diluyendo, evolucionaron en risitas, en cuchicheos, o en miradas. Pero al menos las chicas ofendían de esa forma difusa, como si todavía se preocupasen de conservar los modales. Nunca, o apenas, hacían referencia a la gordura tal cual. A veces te invitaban a sus fiestas de cumpleaños. Al fin y al cabo, habíais hecho juntas la comunión, vuestras madres se conocían de pedir la vez en la carnicería. Te prestaban sus juguetes y luego te los quitaban. Cuando formaban equipos, siempre te dejaban para el final: es que eres muy torpe, Miriam, a ver si espabilas. En la capilla todo cambiaba. Ahí cantaban. Se volvían modosas y virginales. Te daban la mano entrelazando los dedos y os mecíais al son de los himnos de misa: *Juntas como hermanas, vamos caminando*. Si se habían confesado por la mañana, por la tarde te trataban con dignidad. Y así en bucle. Toda la escuela primaria

soportando esa esquizofrenia entre sus dilemas éticos y sus flaquezas.

Hasta que de repente: el milagro. Las chicas. Por fin. Se callaron. Hacia la pubertad, más o menos. Cuando les salieron las tetas y dejaron de prestarte atención para obsesionarse con sus propios complejos. Y ahora pasan de ti. Mejor así. Todas las mañanas te cruzas con ellas a las siete y cincuenta. Quedan en la esquina del instituto y fuman apoyadas en el capó de los coches, las mochilas encajadas entre los pies, los vaqueros ceñidos como una segunda epidermis. Se miran las uñas y lanzan al aire anillos de humo mientras diseccionan series de Netflix. A veces saludan. Solo cuando es muy evidente que las has visto o que ellas te han visto a ti. Casi siempre son bastante simpáticas. Odias su simpatía, su radiante optimismo a primera hora de la mañana. Te sientes como un camión de la basura a su lado. Un camión grasiento y enorme y lleno de estruendos.

También hay un chico. Se llama Carlos Jordán porque su padre es de Uruguay, pero en el colegio todos le llaman Jordan, pronunciado así, como el apellido del jugador de baloncesto. A él le gusta esta variante, incluso la fomenta, suena mucho más *cool*.

El Jordan, Jordan, Charlie Jordan.

Llevas dos años enamorada de él, igual que casi todas las de tu clase. Hasta las empollonas y las raritas se azoran entusiasmas cuando él les suelta alguna guarrada. Y has visto a chicas de otros cursos y otros colegios acudir en alguna ocasión a buscarle donde las gradas. Todo el mundo sabe quién es. Cuando sonrío lo hace solo con la mitad de la boca porque tiene una especie de parálisis en los nervios del labio. Joder, y es que es tan rabiosamente sexy cuando sonrío. Las chicas que le han besado dicen que también es rabiosamen-

te sexy cuando te besa. Bandadas de adolescentes embobadas por esa boca hemipléjica.

Siempre que os dividen en grupos para los ejercicios de clase, intentas que te toque con él. Te las apañas incluso para coincidir en la fila de Educación Física, aunque eres nefasta en todas las pruebas. Tu cuerpo no está programado para dar volteretas ni saltar en el potro, y para colmo, llevas un chándal de algodón gris. Un chándal de gorda, de ama de casa, de cola del paro. Pero supones, o bueno quizá sueñas, que él no va a darle importancia, que no es tan superficial —claro, Miriam, por supuesto que no.

Aunque al menos, Jordan te sigue el rollo, os caéis bien. A él le hace gracia que te sepas de memoria algunos vídeos ridículos de YouTube y que se puedan soltar burradas delante de ti. Las otras chicas de clase no son tan graciosas, te dice. Y por eso no paras. Por eso tratas de superarte. Su risa así, apoyados uno al lado del otro en las espalderas, nubla tu habilidad deductiva. Te lleva a creer que existe entre vosotros una intimidad subyacente que tú podrás alentar solo con pulsar las teclas correctas. Pero, ay, Miriam. Nada más lejos de la verdad. Porque cuando buscas sus ojos siempre los encuentras enfocados al infinito, a los culos de Paola Landy o de Clara Tibbets, que pueden permitirse llevar leggings apretaditos.

¿Y cómo no va a mirarlas? Todos los tíos de clase las miran. Existe una estricta dinámica en lo que respecta a las chicas guapas. Lo más probable es que piensen en ellas a todas horas, que se masturban imaginándoselas, pero luego no tienen huevos para decirles nada. Por eso, porque están buenas. A ti, en cambio, pueden soltarte lo que les venga en gana. Que de qué color llevas hoy las bragas, de qué talla, que si te lo depilas y hasta dónde, y que cuál es el perímetro de tus tetas. Y tú te ríes. Por quedar bien, por vergüenza, o

porque no sabes muy bien qué hacer. Reírte es como un acto reflejo, algo que te dicta una parte de tu cerebro a la que no tienes acceso cuando le buscas explicación.

Miri, en ese sujetador cabe un puesto de melones y el vendedor incluido.

Miriam, tus tetas tienen su propio centro de gravedad.

Y tú te ríes, sí, te ríes. Porque es lo que te aconseja la gente. Otras chicas, las revistas, tu madre. Ríete. O pasa de ellos, ignóralos. O síguelos el juego. O no se lo sigas, dales un corte. Sé más lista que ellos. ¿Más lista?

Hay chicas que te defienden cuando les pillan delante. Menean la cabeza y ponen los ojos en blanco: Miriam, tú ni caso. Tratan de parecer maduras y consideradas, pero sabes que lo único que despiertas en ellas es una terrible vergüenza ajena.

Y bueno, qué vas a hacerle. Porque, vamos a ver.

Es así desde que el mundo es mundo.

Son cosas de chicos.

Y ya lo dice siempre tu madre, si te incordian es que les gustas. Y tú te lo crees, porque a tu edad es una fe necesaria. Y mejor que se fijen en ti a que no lo hagan en absoluto. La razón es irrelevante.

¿Verdad?